

Las ciudades de TARTESSOS

HACE ya algunos años, cuando todavía recorriamos con don Juan Bernier los largos y tortuosos caminos de esta inmensa campiña en busca de nuevas huellas dejadas por nuestros antepasados, en uno de los "tajos" que hacíamos al llegar a las cortijadas para descansar, algún campesino nos informó que allá por las tierras del Anzur, cuando cruza el viejo camino de Jauja que busca el Singilis, está el cerro de "La Carcel" o "El Cajil", donde todavía se conservan las mazmorras y galerías hechas de sillares muy bien labrados por los "moros" que un día ocuparon nuestras tierras.

Aquella noticia, fue para nosotros tan sensacional y al mismo tiempo tan llena de ese misterio inquietante, que el buen hombre nunca pudo sospecharse lo que iba a suponer para nuestras ilusiones y también por supuesto, para nuestras investigaciones arqueológicas.

Desde aquel día ya no cejamos en la búsqueda y localización de la pieza tan preciada. Ya indagábamos en los mapas 1:50,000 del Ejército, ya preguntábamos en los pueblos y aldeas que creíamos próximos, pero durante varios años las pesquisas fueron infructuosas. Llegamos a publicar nuestro libro "Nuevos Yacimientos Arqueológicos en Córdoba y Jaén" y nos faltó la perdida ciudad.

Un día, al igual que César acometiera la Campaña de Munda, nos propusimos poner fin a la incógnita de aquellas enigmáticas prisiones del campesino, y tomando el coche de Pepe Jiménez, acompañados por unos jóvenes emprendedores, Fernandito, Gregorio Baena y Pepe junior, nos dirigimos hacia las tierras de Lucena ya colindantes con las de Puente Genil y la margen derecha del Anzur.

Después de una hora de camino por la sinuosa carretera de Lucena a Jauja, dibujando los ondulados olivares y las tranquilas viñas del Piedemonte lucentino, hicimos escala en la aldea de Los Piedros, acercándonos a un tugurio que estaba a caballo entre los muladares y el incipiente urbanismo de las primeras casas. Allí nos aseguramos de su localización por el mapa y también sobre el terreno en el horizonte, donde se recortaba como un soberbio "tell" un tanto inclinado y respetuoso hacia el milenar Anzur.

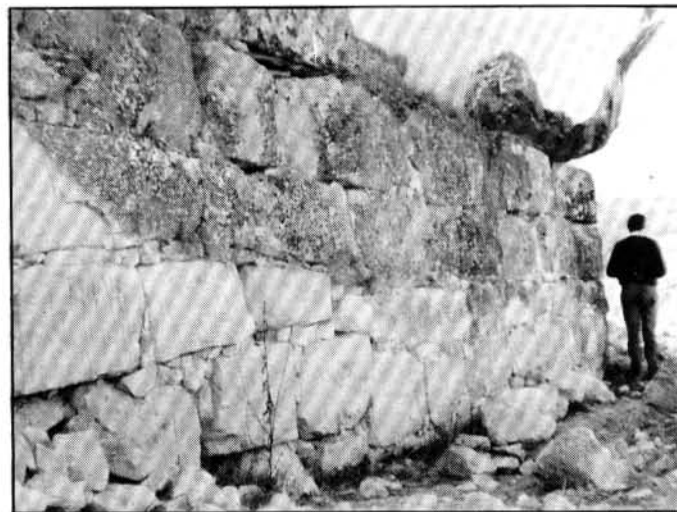
Nos pusimos de nuevo en marcha, y a pocos metros, después de pasar el Anzur, dejamos la carretera de Jauja para dirigirnos a la izquierda por un polvoriento y accidentado camino de ganado que subía lentamente por las solanas de las colinas que protegían el río, hasta su tramo final que bruscamente se levantaba casi erecto hasta coronar el cortijo "El Pene", ya junto a las primeras ruinas que buscábamos.

Desde la cumbre, el abanico de cerros, escarpes sobre arroyones, pequeñas y profundas gargantas abiertas por riachuelos, y colinas sometidas por la fuerza al cultivo, nos ofrecían una vista asombrosa. Todo este precioso panorama aparecía salpicado de sospechosos habitat de nuestros antepasados y de otros ya visitados por nosotros en días pasados, como el Acebuchoso en el SW que, según informes de Bernier, también encerraba su parte de historia en la minería, o hacia el NW el yacimiento bajoimperial del "Llano de las Salinas" próximos a Los Piedros, o los enormes silos de la "Cuesta del Romero" situados al NE, que ya nos hablan de la pax romana.

La primera impresión del yacimiento no respondió a lo que buscábamos, una de las ciudades que cita el "Bellum Hispaniense" sometidas por César en la Guerra de la Bética. Pero después de un largo y minucioso examen prospectivo, recorriendo paso a paso los 40.000 m² que a "grosso modo" ocupan los restos de la destruida ciudad, pudimos comprobar que aquello era incluso más de lo que esperábamos. Las cárceles no eran más que algibes y silos construidos a base de cemento romano "opus coementicium", las galerías de sillares eran, en efecto, galerías pero posiblemente de algún tipo de tumba de corredor de estilo clásico (por las características del

labrado de los sillares). Los anillos de murallas y bastiones defensivos de la acrópolis se multiplicaban con intermitencia por las laderas. Las cerámicas proliferaban por todas las zonas.

Pero he aquí, que todavía, nos habría de deparar una nueva sorpresa el tan escondido y remoto poblado, y es que aquello no sólo se trataba de una de las muchas ciudades de época cesariana, sino que allí aparecieron también cerámicas de la época de los Bronces, con lo que nos veíamos obligados a remontar la cronología del asentamiento, desde el s.I.a.C. a los albores del I milenio a.C. El habitat de aquellas tierras, casi inhóspitas todavía en los momentos que las visitábamos, se estaba incorporando ante la Historia a los tiempos de la legendaria Gades, de la mítica Mainake y del grandioso Tartessos; pero no por ello quiero establecer una equiparación cultural y de civilización de estos rudos túrdulos de las intrincadas y apartadas tierras lucentinas con los refinados libiofe-



nicios de la costa; sin embargo, otro hallazgo, las cerámicas griegas de figuras negras sobre fondos amarillos, vino a no despreciar por de pronto el grado cultural de estos indígenas, ya que ello venía a avalar una serie de contactos de tipo comercial entre estos pobladores con los griegos, lo que suponía un gran aporte cultural que estos focenses traían del Próximo Oriente. Y por supuesto tampoco tendría que dejar en olvido los aportes masivos de fenicios, que ellos sí llegaron a dominar prácticamente todas las tierras de la Turdetania.

Todas estas asombrosas muestras de nuestro pasado, no se remiten a lo que descubrimos en estas ruinas, ya que basta con que recorramos nuestra campiña para comprobar que en no pocos yacimientos las pruebas de este alto grado cultural abundan con singular importancia, y si nó veamos a título de ejemplo las magníficas esculturas aparecidas en Porcuna (Obulco), hoy expuestas en el Museo Arqueológico de Jaén: como el rostro expresivo, serio y rotundo del guerrero; los cuartos traseros refrenados del caballo; o las líneas casi praxitelianas del cazador. Sin lugar a dudas nos surgiría la pregunta ¿qué pueblo y que artista fueron los creadores de tan magna obra?

A la caída de la tarde, cuando ya las últimas luces del crepúsculo se confunden con los destellos de las últimas llamaradas de fuego de la ciudad recién incendiada, Cesar al igual que nosotros abandonaría el poblado arrasado, llevándose los secretos y la intimidad de aquel orgulloso y desconcertado pueblo.